

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Alberto Falcionelli: CAPITALISMO Y MARXISMO (*)

La crítica a los sistemas marxistas resulta bastante habitual desde diferentes perspectivas en Occidente. Pero la crítica al capitalismo y al liberalismo —excepto en los países denominados socialistas— no es algo tan habitual en las naciones occidentales. No a aspectos concretos del sistema, sino a la descalificación global del mismo, considerando como un fraude a la humanidad el conjunto de las ideas inspiradoras de la revolución francesa.

Resulta este ensayo sumamente enjundioso y un apretado esfuerzo de condensación, en un número limitado de páginas, de los sofismas, tanto del capitalismo como del marxismo. El hecho que se observa en todo el libro, y verdadero sustrato del mismo, es algo que al observador imparcial, al estudioso desprovisto de prejuicios, se le presenta de forma axiomática: el marxismo es la consecuencia inevitable y lógica del liberalismo. En ese desarrollo y en esa fase de transformación, como podía ser la de la larva y el insecto, radica también la debilidad del sistema liberal frente al que «teóricamente» es su enemigo.

Falcionelli analiza cómo ningún teórico del lado liberal ha sentido la necesidad de oponer al cuerpo de doctrina socialista una tesis dedicada científicamente a la defensa histórica del capitalismo.

El estudio de todo ello conduce a unas observaciones y a unas comprobaciones, que no por ser desagradables dejan de ser reales, y que veremos confirmadas en la realidad cotidiana de cada día. Puesto que poseían la maquinaria que forja las armas para la defensa de la nación, la alienación liberal ha identificado el sistema capitalista con la idea de patria. Por ello mismo, «el ejército que utiliza estas armas ha sido puesto por el poder político, controlado por el capital, al servicio de las empresas financieras planeadas por el capital. De modo que el ejército, que en

(*) Editorial «Nuevo Orden». Librería Huenul, Buenos Aires, 98 páginas.

su esencia es el espejo de las virtudes de una raza y de toda una nación sin distinción de clases o de fortuna, se ha transformado a menudo en lo que se ha dado en llamar el perro guardián de las cajas fuertes del capitalismo».

El liberal utópico, producto de las ideas enciclopedistas, de la Revolución francesa, y que posteriormente llega a su plenitud en el siglo XIX, es, por sistema, dogmático, y aun sin mostrarse entregado a los excesos de un jacobinismo, es tan enemigo de esa libertad que teóricamente dice defender, como ellos. Los exaltados apologistas de las cortes de Cádiz, los ilustrados defensores de esa «libertad» en tantos parlamentos y naciones del siglo XIX y luego en nuestro siglo, niegan ese derecho a esa hipotética libertad a los adversarios no marxistas del sistema capitalista. Los defensores de los valores espirituales han sido considerados, como bien dice el autor, enemigos de la humanidad y de la libertad.

Esta alienación total de la sociedad la vemos no solo en la España actual, mimética hasta la locura, de todas las lacras y las modas de la sociedad occidental, sino en todas las naciones y sistemas partitocráticos. Se vive la exaltación del parlamentarismo como panacea. Pero la exaltación es una consecuencia lógica del mito de la libertad y de la apología del pensamiento burgués, citado en este caso concreto por Proudhon, y recogido por Falcionelli: «El burgués, según el estudio que de él hemos hecho, se inclina al parlamentarismo; es receloso, desconfiado; busca las garantías al mismo tiempo que se presta a las transacciones, a las componendas y a los acomodos. Le repugnan los partidos extremos, no jura por nadie ni por nada, se adapta a las cosas y a los hombres mientras convengan a su interés, infalible y despiadado criterio que le lleva de continuo a censurar y juzgar los actos del poder sin distinción del amigo o del enemigo».

La crítica que hace el autor al marxismo incide siempre —de forma acertada— en que éste es el corolario lógico de la sociedad liberal.

Mientras cada uno de los sistemas políticos de antaño se presentaba como una tentativa de organización tendente a confirmar en el hombre la conciencia de su vida personal, vemos claramente que, en la edad contemporánea, esta conciencia ha desaparecido y que todos los lazos que unían al hombre con el mundo se han aflojado, antes de romperse, en el rápido proceso de la «civilización industrial». El capitalismo, «Janus Bifrons» del mundo actual, ya no permite al hombre tomar la medida de sí mismo.

El conocimiento del universo comunista es inmenso en Falcionelli, y así lo demuestran sus numerosas obras publicadas sobre el mismo, y solamente esto permitiría reseñarla como uno de los grandes «soviétólogos» mundiales. Asimismo, sus conocimientos de la historia de Rusia, y de destrucción de las teorías basadas en la interpretación exclusivamente en la escuela parcial y partidista de Miliukov, ya han sido analizadas en otras obras. Pero Falcionelli va mucho más lejos. Estudia el totalitarismo democrático, que, desprovisto de su hojarasca, resulta tan alienante como el totalitarismo bolchevique. Los hombres se han repartido en dos clases: verdugos y vencidos, igualmente intercambiables. El mundo de temores, al desaparecer las creencias espirituales, es un hecho. Los mitos eróticos, al ocupar en el alma del hombre moderno el lugar dejado vacío por la desaparición de las antiguas creencias, han completado su embrutecimiento. Dice Falcionelli: «Liberalismo y colectivismo coinciden en los proyectos de la revolución tecnocrática ...».

«En esta suprema batalla ningún poder trascendente puede ya imponer su tregua, puesto que el mundo se ha descristianizado lentamente al fuego del progreso y de la razón. Al mismo tiempo, y según un proceso acelerado, paralelo al de la transformación de la sociedad, hemos asistido al empobrecimiento de las selecciones sociales, a la quiebra y a la muerte de las aristocracias, las de la sangre y las del espíritu».

El capitalismo y el marxismo constituyen muy probablemente una de las rupturas fundamentales de la historia. A pesar de sus exégetas, la superioridad del liberalismo con respecto al marxismo es también brusca y esencialmente inferior, con respecto a algo que no es ninguno de los dos sistemas. Por una dinámica que parece imparable es mucho más probable que el liberalismo se colectivice que el que se liberalice el marxismo. Lo que asoma continuamente en esta sustanciosa obra de Falcionelli es la necesidad de encontrar la verdadera libertad del hombre, ahorrado por estos dos sistemas, uno colectivista y totalitario y el otro utópico, y también con innegables dosis de totalitarismo. Falcionelli es concluyente: «A este mundo, el intelectual, el filósofo, el artista, el pensador, tienen el deber imprescindible de rehusar su adhesión».

ANGEL MAESTRO